

haga arrodillarse, con los brazos tendidos, ante los altares de la paz.

Mejor fuera aún que obreros, pensadores, filósofos, cuantos buscan en una nueva sociedad el imperio de la paz y de la justicia, se sumaran, se uniesen y, dando un definitivo pechugón á la sociedad vieja, hundieran para siempre en las cavernas submarinas á los monstruos de acero y lumbre que resucitan la leyenda oceánica.

.....  
Hacia Poniente muere el sol, tiñendo el mar con estriás de sangre. Rendida la española bandera, pasamos por frente á las divisiones inglesas; las banderas de los grandes acorazados suben y bajan en señal de cortés saludo.

Atrás quedan los monstruos del mar. Delante de mis ojos se extiende un horizonte limpio. En él veo con la imaginación un mundo por venir, donde los hombres se saludarán levantando al espacio una bandera, para todos común.

En ella irá inscrita esta sola palabra: Amor.



## La costa de la muerte.

Vamos bordeando la costa que conduce de Villagarcía á la Coruña. "Costa de la muerte" es llamada por los marinos, y bien le cuadra el nombre. A centenares se cuentan los buques engullidos en aquellos bajos voraces.

—Si el Océano se secara de pronto—me dice el capitán—, veríamos su fondo empedrado de barcos.

La frase, de concisión trágica, resume el poema siniestro escrito por el Cantábrico, con sangre de hombres y astillas de naves, sobre las trágicas rompientes.

Acaso en las noches de tempestad, á la luz cárdena del rayo, entre voces de trueno, bramidos de huracán y rugidos de ola, el poema



entero reviva, para distracción de los genios crueles que despotizan los antros submarinos.

A la evocación de esos genios, reuniránse herrajes y maderámenes, alambres y cuerdas, reconstituyendo las deshechas embarcaciones. Aferrándose á los cabos y escalas, ganarán la borda tripulaciones esqueléticas. Cada muerto ocupará su sitio; las velas se hincharán en los mástiles, resoplarán las máquinas, bocinarán las chimeneas; hélices y timones partirán el agua á remolinos, y la escuadra fantasma navegará entre escollos, escoltada por los monstruos del mar, guiada por espectrales faros.

Así irá ascendiendo desde el fondo á la superficie. Una vez en ella, cada buque tomará el camino de su naufragio. Todos á un tiempo, cada cual en el bajo donde chocara vivo, volverán á estrellarse, á morir silenciosamente, sin ayes y sin golpes.

Esto sueña la imaginación mientras recorre la "Costa de la muerte", el cacho de mar empedrado con buques, que lleva de Villagarcía á la Coruña, al hermoso puerto, á la democrá-

tica ciudad donde compañeros y amigos me han dispensado la merced de un acogimiento que no á mi mérito corresponde, sino á su cortesía.

"¡Costa de la muerte", sepultura de navegantes, desde la cubierta del vapor te contemplo, á la luz pálida de la luna, en la clara noche invernal, que va ofreciéndome el dibujo agrio de tus acantilados, el linaje cortador de tus peñas, el duro perfil de tus rompientes, la superficie mortal de tus bajos! Brava y hosca eres, como otra alguna en las costas de España.

Cada uno de tus rebordes es una amenaza; cada una de tus salientes, un peligro. No hay roca tuya que no pueda señalarse con el nombre de un buque náufrago; no hay ola en ti que no se halle aumentada en sus amargores, acrecida en su magnitud, por lágrimas y amarguras humanas. Tierra ninguna existe donde tu recuerdo no provoque un sollozo ó dé motivo á una oración.

Pero si son muchas y son terribles las páginas del poema escrito por las olas sobre la



"Costa de la muerte", no vale echar sobre ella sola iras y maldiciones.

Parajes hay en otros mares europeos donde los peligros y las ocasiones de naufragio son mayores y más. A evitarlos tendieron los Gobiernos, llenando el camino de señales y luces; por entre ellas pueden los buques, hasta en noches de tempestad ó niebla, caminar con guías eficaces que les lleven á puerto.

Aquí, no. Los Gobiernos de España tienen más prisa en hacer barcos que en impedir que los barcos se pierdan. El balizamiento de nuestro litoral es francamente bochornoso. Apenas si tres ó cuatro luces están á la altura de los adelantos modernos. Las otras brillan como candiles. En algunas aguas navegan los marinos ni más ni menos que cuando fenicios y griegos descubrieron Iberia.

En la "Costa de la muerte", ruta obligada de navegantes, punto de cita para el comercio marino del mundo, el abandono no es menor, pero es más punible.

Tres millas mar adentro del cabo Corrubedo se extienden unos bajos que, por su dis-

tancia de tierra, constituyen grave peligro en noches oscuras ó tempestuosas. Sin balizar están. La luz del cabo es fija. No hay un sector rojo, ó azul, ó verde, que, proyectándose en los bajos, indique cuándo es libre de ellos al nauta; no hay tampoco señal fónica para las nieblas. No digo cañón, como en Punta Europa. Sería demasiado pedir.

Los Meixidos, sobresalientes dos millas y media de la costa, están sin balizar, faltos de indicación... En ellos se perdió el *Cisneros*.

En Montelouro la luz es fija—¿cómo no?—, exactamente igual á la del cabo Corrubedo. Con ello, si no se consigue señalar bajo alguno, se consigue que los barcos procedentes del Sur, confundiendo una luz con otra, puedan estrellarse entre las dos luces; lo que siempre es una merced: no se muere á oscuras.

En la Touriñana, de luz fija, como los anteriores, tampoco hay sector que marque el bajo La Muñiz. Si en él se pierde un buque... ¿qué importa? Será una pieza más para el empedrado de esta costa asesina.



Por tal consideración, indudablemente, no brilla la luz en Lobeira Chica, donde se perdió un vapor noruego.

Otro detalle es más triste aún:

En los Mesos (ría de Arosa) establecieron una luz. Se ha inutilizado ó se ha roto va para dos meses.

Nadie se ocupa en reponerla. ¿Para qué?... Barcos, ignorantes del hecho, acudirán, orientándose, en busca de esa luz, señalada en los mapas; creerán que existe... Buscándola, acaso tropiecen con la muerte... Mientras ello ocurre, seguirán en oficinas y ministerios expedienteando para resolver si la luz se repone ó no se repone.

Si tales hechos fueran vergonzosos únicamente, no los señalaría.

¡En punto á vergüenzas, estamos tan acostumbrados!...

Aquí va en juego la vida de centenares y centenares de hombres.

Yo me permito recordar á los ministros de Fomento el abandono en que vive la "Costa de la muerte".

Son ya muchas páginas las que componen el trágico poema escrito sobre esa costa por el mar.

Evítese, ó, á lo menos, procúrese evitar que haya páginas nuevas.





## Frente al hogar.

Todo es en el barco alegría.

A popa, un marinero canta amorosa endecha asturiana, que sus compañeros corean con el celta ¡ju... juy!... En los camarotes de la oficialidad hay trajín de cepillos, ruido de lavoteos, recrujimientos de planchadas camisas. La ropa de vestir campea sobre las literas; las botinas charolean al pie del tocador. Quién se rasura, despreciando el balance; quién se retuerce donjuanescaamente las guías del bigote; uno se lo riza, haciendo tenacillas de un clavo; otro toma las medidas de su raya, con más tiento que las de la carta marítima, en la cámara de derrota. El capitán sonríe, cosa no usual en su persona; hasta habla largo y sus



miajas poético, cosa menos usual aún en quien, si es por dentro bondadoso y sensible, tiene agria y dura la corteza.

No me sorprende la alegría de mis compañeros de viaje. Antes de dos horas estaremos frente á Gijón. Allí tienen sus casas; allí van á celebrar esta noche la fiesta del hogar, rodeados de sus mujeres, de sus hijos, de sus hermanos, de sus padres. Antes de abrazar á los últimos, pasarán los mozos por junto á los balcones donde velan sus queredoras.

No hace falta encomendar á los maquinistas que acrezcan la presión, á los fogoneros que aviven los hornos, al serviola que vocee las luces, á la marinería que esté pronta á la maniobra, á los pilotos que vayan á sus puestos. Aún no hemos llegado, y ya el ancla dió fondo.

Apenas en amarras el barco, todos se alejan de él, con la dicha en el corazón y la risa en los labios.

Solo quedo en el buque, viéndoles partir y desvanecerse en la sombra. A mí nadie me espera.

Una gran tristeza, no motivada por la envidia, invade mi espíritu. Con la frente hundida en los puños, miro el ir y venir manso de las ondas. Algo húmedo y salobre desciende por mis mejillas á la boca. Puede que sea una salpicadura del Cantábrico. Puede que sean lágrimas. ¡Vaya usted á averiguar!

Cierro los ojos y contemplo con la imaginación el espectáculo de los venturosos hogares donde celebrarán los marinos su arribo.

Los viejos, rodeados de la anciana mujer, de los hijos en matrimonio, de los nietezuelos bullangueros, forman, con ellos, tierno grupo al amor de la lumbre, en torno á la mesa para la cena prevenida. Los casados jóvenes se cobran usurariamente en sus compañeras los intereses de la ausencia; los mozos, luego de abrazar á sus padres y de cenar deprisa, van, más deprisa aún, á recoger, entre sombras terceras, sobre el alféizar de una ventana ó junto al quicio de una puerta, frases amantes de bocas donde palpita el beso...



A lentos pasos, recorro de punta á punta el buque. La soledad se materializa. La siento caer sobre mí y envolverme como un sudario. Al lejos brillan las luces de Gijón; más lejos, en el infinito, relumbran las estrellas. La luna palidece en lo azul. Faena dolorosa es la suya: de un extremo al otro del cielo va paseando su cadáver. Criaturas humanas hay, que hacen por el mundo lo propio.

Para no estar solo del todo, evoco pasajes de mi vida, imágenes amadas, horas de pelea y de fiebre, minutos de felicidad y de gloria... Van pasando ante mí en desfile fantástico, en incorpórea procesión. Quiero asir alguna de esas imágenes con mis manos, y mis manos estrujan el aire. Del mar suben como suspiros y sollozos...

¡Ah, rudos marinos, que os cobraréis hoy de vuestra pelea con los mares, en un rincón tranquilo, donde no entraron, para destruirlo, pasiones más furiosas que los vendavales, resplandores más asesinos que los de la centella, olas más acerbadas que las que rompen contra el buque! ¡Felices vosotros, que, al regreso

del viaje, halláis un hogar que os recibe en amor!

¡Desdichados aquellos hombres que, cuando retornan de un viaje, no llegan á un hogar, llaman á una casa!...





## En los hornos

Llego al cuarto de máquinas. El animalote de hierro trajina bravamente; sus músculos funcionan isócronos; sus remos suben y bajan con estrépito para empujar sobre el mar el buque. Sudor de la bestia es el aceite que chorre por los aceros; el agua que en las calderas hierve, sangre que la vigoriza y la nutre. Por el "enjaretado" ascienden vahos cálidos; resplandores bermejos cabrillean en los barrotos. Al fondo se escucha ruido de rodos y de palas. Mezclado va con sordos jadeos, con fatigosos alentaes humanos.

Afianzándome en los barandales, gano la escalerilla que conduce á las planchas. A tientas atravieso un corredor, todo tinieblas, para



desembocar en un semicírculo, todo lumbre. Estoy frente á los hornos.

Estos, con las fauces de par en par abiertas, para engullir el carbón que les sirven los fogoneros, llamean en retorcidos haces. El mar es duro, y la resistencia necesita ser firme. Cada horno es, á distancia, un sol en su cenit. Según que uno se acerca, se transforma en hoguera el sol. Manojos de incendiadas serpientes parecen las llamas, torciéndose en el aire, enlazando sus espirales, lamiendo las portezuelas con sus lenguas de luz. Carbones hechos ascua brillan entre la ceniza, al borde de los hornos. Son como lingotes de oro viejo, puestos allí para tentación y martirio de avaros. Los carbones, aún no encendidos, semejan cuentas de azabache; una niebla rojiza flota entre la techumbre y las llamas; alientos quemadores brotan de las compuertas.

Frente á ellas están los fogoneros, embrazando la pala ó balanceando los rodos. Por sus rostros cae el sudor á churretones; sus pechos van y vienen apresurados, entre las abiertas camisas; los brazos desnudos acusan,

bajo la piel llena de cicatrices, la tensión de los músculos. Son figuras negras recortándose al hachazo del fuego.

Unos fogoneros recogen el mineral á paletadas y lo lanzan contra los hornos. Al caer en éstos, suenan los carbones á granizo. Granizada dantesca, en cuyos cristales miranse bullir las visiones demoníacas de Alghieri y se oye crujir el lápiz de Doré. Otros fogoneros hunden sus barras en la pasta roja, que se abre á cada lanzazo en ancho desgarrón, donde saltan las chispas tal que gotas de sangre. El trajín de estos hombres no cesa; hay que alimentar á la máquina, al animalote, que gruñe arriba y escupe á la atmósfera, por el boquerón de la chimenea, los jirones de su humo.

El maquinista, atento al funcionamiento de émbolos, reguladores y manómetros y á las órdenes, que desde el puente transmite el capitán, va y viene por la máquina como un fantasma hecho á pincelazos de bermellón y hollín. A veces se inclina sobre la escalerilla que conduce á las planchas. Los fogoneros, sin alzar la cabeza, escuchan su mandato y lo



obedecen con regularidad y precisión de autómatas.

En aquella negrura, incendiada á trechos, no se puede perder minuto; las acciones han de ser matemáticas, rápidas; un descuido puede traer la catástrofe; una torpeza, provocar el naufragio.

En noche dura para el buque, he pasado horas junto á los hombres de la máquina y de los hornos, sufriendo con ellos los bandazos, escuchando en la oscuridad el bramido fiero de las olas al romper contra los costados del buque; subiendo, bajando, tambaleándome frente á los boquetes bermejos, al envite del Océano.

Fogoneros y maquinistas, haciendo prodigios de equilibrio para no caer de espalda contra los herrajes ó de bruces sobre las llamas, continuaban en su trabajo, hundiendo las barras en la lumbre, dejando caer en ella el granizo negro del carbón.

Para ellos era desconocido cuanto arriba ocurría. Sentían la borrasca sin verla; peleaban con ella sin pulsar sus acometidas, sin

contemplarla rostro á rostro. Acaso, en este minuto, eran aún seres vivos; acaso, en el siguiente, se hundirían, como por tramoya, con el buque. ¿Qué saben ellos, los de abajo, del riesgo que arriba se sortea? Nada concretamente. Para ellos todo es impreciso, borroso. Sólo una cosa saben bien: que su deber está en servir la máquina, en nutrir la caldera, en rellenar los hornos, en ayudar á los de arriba, en no abandonar sus puestos, venga lo que venga, ocurra lo que ocurra, hasta que del puente baje la palabra esperanzadora de salvamento ó la frase trágica de muerte.

Y en su puesto siguen, y no lo abandonan, y continúan arrojando á la hoguera carbón, revolviéndolo con sus picos, dejando correr el sudor por sus frentes. Tal vez corra también su pensamiento en busca de los seres amados, de los que quedarán sin amparo encima de la tierra cuando á ellos se los engulla el mar.

¡Héroes anónimos de la máquina; criaturas de ensueño, recortadas en negro por el res-



plandor de los hornos, abajo quedáis, tambaleándoos como borrachos, bregando como cíclopes, mientras arriba, sobre el puente, dirige la maniobra el capitán, dando rostro al Atlántico!



## La cadena

Por la proa y la popa del buque van y vienen, del muelle á las bodegas y de las bodegas al muelle, dos filas de mujeres. Llevan sobre sus cabezas espuestas de carbón.

Los cuellos femeninos se hunden entre los hombros á la pesantez del mineral; las manos, engarfiadas á las espuestas, amorátanse con el frio; por las frentes cae el sudor; el polvillo negro que desprende el carbón se mezcla á estos sudores y forma sobre la piel costra. Tallas de ébano parecen las hembras á poco de empezar su trajín; esclavas etíopes encojiéndose bajo el látigo del capataz.

Haylas de todas pintas y harapeos y edades. Mocetonas robustas, de anchos hombros y



musculaturas herculianas; chicuelas desme-  
dradas, anémicas, de ojos tristes y labios sin  
color; viejas rugosas, temblantes, encogidas  
por las injurias de la edad. El pelo negro de  
las morenas azulea bajo los pañuelos, anuda-  
dos contra la nuca; las cabelleras rubias se  
desmechonan en haces de oro sobre el azaba-  
che postizo de los rostros; los cabellos blan-  
cos de las viejas se erizan, en repujadoras de  
plata, contra los surcos de las sienas.

Todas van y vienen, con sus cargas en  
moño, al largo de la plancha, durante doce  
horas. Entre estas horas sólo se permiten dos  
descansos: uno, de sesenta minutos, para la  
comida; otro, de treinta, para el almuerzo. No  
vale pararse; las que van delante son empu-  
jadas por las que van detrás; las que salen,  
apresuradas por las que entran. Es una cade-  
na de vivos eslabones que se alarga y se en-  
coge sin tregua. Tiran de ella la miseria y la  
explotación. No haya temor de que haga un  
alto; son explotación y miseria recios acicates.

Entre las obreras que mis ojos contemplan  
sobre el muelle de Santander hay una que

está encinta. Su vientre ondula á cada envite  
de los músculos; lo que debiera ser arca santa  
de una humanidad en capullo, es balón grotes-  
co, que inspira burlas al curioso y tiembla  
dolorosamente á cada esfuerzo de la madre.

*La cadena* llaman en el *argot* muellesco á  
este rosario de mujeres.

Bien puesto se halla el nombre. Cadena es  
que se arrastra del barco á la tierra y de la  
tierra al barco. Cadena de carne que, por iro-  
nía siniestra, en vez de chirriar, canta. Porque  
las obreras cantan durante su labor. También  
canta el esclavo. La costumbre puede con  
todo, hasta con el envilecimiento y con el mar-  
tirio.

¡Las pobres mujeres!... ¡Ah, poetas del ro-  
manticismo hacia atrás; cantores de las prin-  
cesas pálidas y de las castellanas altivas, de  
las prostitutas versallescas y de las doncellas  
cautivas por brutalidad de guerreros ó por  
magia de encantadores!... ¡Bueno fuera que,  
entre estrofa y estrofa, os diéseis una vuelta  
por el muelle de Santander y contemplárais  
conmigo el ir y venir de esta horrible cadenal



¡Acaso os conmoviera el crujir de sus eslabones; quizás, dando de mano al romanticismo hacia atrás, pensaráis en la urgencia de poner vuestra inspiración al servicio del romanticismo hacia adelantel...

Amores imaginativos sentís por las princesas pálidas; respetos archivales, por las castellanicas antiguas; á solitarios goces os provocan las cortesanas de Luis XV; á blandir lanzas y esgrimir mandobles sobre cuartillas de papel, las doncellas cautivas del periodo feudal. Muy bella, muy artística es vuestra faena. Yo la admiro y la aplaudo.

Pero hoy, frente á la cadena de hembras vivas, de criaturas explotadas, que van y vienen por la plancha del buque, afirmo que hay otra labor más hermosa y más artística también.

No sintáis, poetas, el amor imaginativo de las princesas pálidas; sentid un fraternal amor por las criaturas del salario, que deforman sus líneas y consumen su juventud en labores inicuas; no sintáis respeto por las castellanicas del siglo XIII que salen á recibir al huésped

entre pajes y escuderos y dueñas, de la mano del hijo, cuyo padre guerrea en Asia para rescatar el sepulcro problemático de Jesús; sentid ese respeto, y traducidlo en reclamaciones viriles, por la mujer encinta que lleva á la cabeza el carbón, mientras su vientre ondula y su criatura se retuerce en la entraña; olvidad á las prostitutas versallescas, que se entregaban por lujuria, y pensad en las prostitutas que se entregan por el hambre. No esgrimáis ficticios mandobles, no blandáis lanzas de fantasía sobre cuartillas satinadas, para rescatar, de legendarios cautiverios, á doncellicas de romances; esgrimid la pluma, alzad la voz en obsequio de estas otras doncellas, cubiertas de harapos, manchadas de churretes, que consumen en esfuerzos bestiales su juventud, su sangre, sus músculos, y caen á la noche rendidas encima de un camastro, sin tiempo para amar, sin tiempo para soñar y cantar amores al claror de la luna, bajo el cielo tachonado de estrellas!...

¡Qué hermosa vuestra obra, si á ella, á la redención de las esclavitudes y de los marti-



rios humanos, dedicáseis vuestra inspiración y aplicárais vuestro gallardo mocerío!

.....

Del muelle á las bodegas y de las bodegas al muelle siguen estirándose y encogiéndose en cadena viva las hembras del carbón.

Allá, en Inglaterra, en Alemania, en Bélgica, en Francia... millones de hombres carboneros se alzan en rebeldía, proclamando el advenimiento de una sociedad nueva...



## Xerín

Xerín viaja con nosotros. Villagarcía llora la ausencia de Xerín. Este contempla desde popa su pueblo natal, que va achicándose, según avanzamos mar adentro, hasta desaparecer tras un cortinaje de espumas. Xerín se sienta sobre un rollo de cable, apoya en el codo su barba y sonríe bajo la lluvia.

¿Quién es Xerín?

Un golfillo villagarcieno; un hermano espiritual del pájaro que lleva su nombre y alegra con sus trinos los bosques de la seductora Galicia. Xerín regocija la ciudad con las vibraciones de su alma pícara y sutil. Como su tocayo con alas, va y viene de árbol á árbol improvisando arpegios, va Xerín de una en otra